

les, y la corte de Francia. El rey, dice un cronista, había comisionado á Pedro Colonna para hacer promesas corruptoras. «En el mes de abril de 1305, tres consejeros del rey de Francia, Mouche, Itier de Nanteuil, prior de los hospitalarios de Francia, y maese Godofredo de Plessis, protonotario de Francia, se encontraban en Perusa. En 14 de abril los magistrados municipales les advirtieron que se decía en Perusa que habían ido allí para proceder contra la memoria de Bonifacio y para recusar á los cardenales creados por este papa; los enviados respondieron que habían ido para el bien de la Iglesia universal, en interés de la villa y de sus habitantes, al objeto de que por fin se proveyese de



El papa en consejo
(De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

pastor á la Iglesia romana. Lo cierto es que trabajaron enérgicamente contra los Gaetani.

Bertrán de Got, que tomó el nombre de Clemente V, fué elegido el día 5 de junio de 1305. Para explicar esta elección, refiere Villani en sus *Istorie fiorentine* la anécdota siguiente. «Los partidarios y los adversarios de Bonifacio, cansados de luchar, habían decidido que los bonifacianos hicieran una lista de tres personas «papables» extrañas á Italia y al Sacro Colegio; de esas tres personas, la que designara la facción adversa sería elegida por unanimidad. Bertrán de Got habría sido incluido en la lista de los bonifacianos porque era considerado como partidario de Bonifacio, amigo de Eduardo de Inglaterra y enemigo de Carlos de Valois. Felipe, prevenido por el cardenal de Prato, se habría apresurado á citar al arzobispo, y en una entrevista celebrada en los alrededores de San Juan de Angely, le habría prometido hacerle elegir mediante ciertas condiciones.» Pero se tienen los itinerarios del arzobispo de Burdeos y del rey de Francia durante el mes de mayo de 1305, en el que Villani coloca la entrevista de San Juan de Angely, y aquellos itinerarios prueban que el arzobispo y el rey no se encontraron, y por consiguiente, que el cronista florentino fué, á lo menos en parte, mal informado. ¿Cómo creer, sin embargo, que la elección de Perusa no fué precedida de conferencias, de una reconciliación y de un pacto entre el arzobispo y el rey? Si la corte de Francia, cuyos agentes ejercieron, con seguridad, una fuerte presión sobre las deliberaciones del

conclave, no hubiese designado á Bertrán de Got, los cardenales no hubieran pensado jamás en sacar de la nada á ese oscuro prelado de Gasconia. Por otra parte, la actitud de Bertrán, papa, apoya la hipótesis tan verosímil de que Bertrán, candidato, se puso á la discreción del rey de Francia. En resumen, que hubo tráficos, y de esos tráficos, que no han dejado rastro, resultó para el Papado «la cautividad de Babilonia.»

Villani dice que uno de los artículos del pacto concertado entre el rey y el futuro Pontífice en la supuesta entrevista de San Juan de Angely, fué la condenación de los actos de Bonifacio. En una carta escrita en 1311, Felipe recuerda á Clemente que le habló de este asunto en Lyon, en noviembre de 1305. Cuando se celebró la segunda entrevista de Poitiers entre el papa y el rey (julio de 1308), las persecuciones contra Bonifacio, la canonización de Celestino V y la absolución de Nogaret fueron tres de las exigencias formuladas por Felipe (1). Así la elección de un agente de Francia ni aun tuvo el resultado de hacer caer el proceso á la memoria de Bonifacio que Nogaret había amenazado con intentar en el pontificado de Benedicto XI: proceso espantoso, cuyo escándalo la corte pontificia debía evitar á toda costa. No se trataba de nada menos, en efecto, que de demostrar por medio de una información, á la faz del mundo, la verdad de las acusaciones articuladas en junio de 1303 por Guillermo de Plaisians contra las costumbres y la ortodoxia de Bonifacio. Ahora bien: Nogaret se había recibido de maestro en estas materias: se sabía que era muy experto en reclutar testigos para vencer, no importa á quién, de los crímenes más innobles. El mismo Clemente V, por poco romano que fuese, previendo la «espantosa desnudez que la mano brutal de procuradores habituados á escudriñar inmundicias iba á revelar,» debía temer la suciedad de su imaginación, la crudeza de su lenguaje (2). Este proceso era para Nogaret el medio de arrancar al sucesor de Benedicto XI la absolución que éste le había negado, y para el rey era un arma. Si Clemente se mostraba dócil, no se hacía uso de ella; si vacilaba en ser complaciente, entonces se sacaba de la vaina. Desde 1306 hasta 1311 el enemigo de los Gaetani se sirvió de la misma con destreza. Si abandonó, por fin, en 1311, la pretensión de hacer desenterrar el cadáver de Bonifacio para que se quemaran sus huesos, fué después de haber hecho proceder á la información (que empezó en 16 de marzo de 1310), llenado de vergüenza á la curia, cubierto de lodo las cosas más sagradas y dictado al papa una letra que justificaba solemnemente á los autores del incidente de Anagni.

La bula *Rex gloriae virtutum*, fechada en Aviñón (27

(1) A partir de 1305, Nogaret no cesó de exhortar al rey para que se ocupara de esas cuestiones. Escribía, por ejemplo, en 1305: «Habréis asumido contra Bonifacio la defensa de la fe y de la Iglesia á la faz del mundo. Temed abandonar. Dejadme hacer. Es preciso que la herejía de Bonifacio quede demostrada antes de reunirse un concilio general. Aquellos que os digan que la cosa es difícil en sí, imposible á causa de las guerras y de la mala voluntad del papa, no se cuidan de vuestro honor. Acordaos de que los hipócritas son abominables á los ojos de Dios: *Qui fingit religionem et zelum Dei ubi non est, hypocrita est, et oportet quod talis a Domino necessario confundatur...*» (Holtzmann, obra citada, pág. 253).

(2) E. Renán, *Histoire littéraire*, XXVII, pág. 332.

de abril de 1311), que levanta y ordena borrar de los registros de la Iglesia de Roma las excomuniones, sentencias, etc., lanzadas por Bonifacio y por Benedicto, desde el día de Todos los Santos del año 1300, contra el rey, el reino, los apelantes al concilio general, etc., parece haber sido preparada por el mismo Nogaret en persona. Otra bula de la misma fecha declara que el papa no recibirá en adelante ningún acta en que se vitupere el celo de Felipe en el asunto de Bonifacio: «Este celo, dice Clemente V, fué laudable, *nos bonus pronunciamus atque justum.*» *Zelum bonum atque justum*, tal es el juicio de un papa sobre la conducta del rey durante la desavenencia: lo que hizo el rey, lo hizo, y Clemente V lo atestigua, en defensa de la Iglesia, como campeón de la fe: aprobación cien veces más cruel para el Papado que el bofetón simbólico de Sciarra.

CAPÍTULO III

FELIPE «EL HERMOSO» Y CLEMENTE V (1). LA CUESTIÓN DE LOS TEMPLARIOS (2)

I. La orden del Temple á principios del siglo XIV.—II. Preliminares del proceso de los templarios.—III. El proceso de los templarios. Primera fase, hasta el verano de 1308.—IV. Segunda fase, hasta el concilio de Viena.—V. La orden en el concilio de Viena.—VI. Epílogo de la cuestión.

Bertrán de Got se encontraba haciendo la visita pastoral en el Poitou cuando recibió la noticia de que era papa. En vez de encaminarse hacia Italia, citó á los cardenales para reunirse en la villa de Lyon. Su coronación tuvo lugar en 14 de noviembre de 1305 en la iglesia de San Justo; aquel día el rey de Francia llevó de la rienda al palafreño pontificio; pero durante la procesión ocurrió un accidente que pareció de mal agüero: se derrumbó una pared; el papa fué derribado; un carbunco se desprendió de su tierra; Carlos de Valois, hermano del rey, quedó lastimado; el conde de Bretaña, el cardenal Mateo Orsini y un hermano de Clemente V fueron heridos mortalmente.

En el mismo mes de noviembre de 1305 y en la mis-

ma villa de Lyon, las gentes del rey empezaron ya á dar á conocer sus exigencias al nuevo papa. Clemente nombró de una sola vez diez cardenales, de los cuales nueve eran franceses (ó mejor dicho, gascones, miembros ó amigos de la familia de Got), lo cual redujo el elemento italiano del Sacro Colegio al estado de minoría. En asuntos políticos y financieros, su complacencia con la corte de Francia fué al principio casi ilimitada. Finalmente, empezaron unas conferencias acerca de un grave y misterioso asunto que obsesionaba desde entonces el pensamiento de Nogaret y de sus semejantes.

I.—La orden del Temple á principios del siglo XIV

La orden del Temple se fundó después de la primera cruzada. El primer maestre, Hugo de Payns, quiso hacer de sus «pobres caballeros de Cristo» la gendarmería de la Palestina. Les estableció en la vecindad del Templo de Jerusalén, de lo cual les vino el nombre de templarios. En el concilio de Troyes, en 1128, recibieron una regla breve y dura, dictada, según se dice, por San Bernardo; en ella están previstos todos los detalles de la vida de los monjes soldados: que tengan armas sólidas, pero sencillas; ni oro ni plata en los estribos ni en las espuelas; que lleven, por encima de la cota de malla, un manto de uniforme, blanco para los caballeros, negro ó rojizo para los ministros y los escuderos; Eugenio III añadió más tarde la cruz roja en el manto blanco; que coman bien: necesitan ser vigorosos: quedan prohibidas «las abstinencias inmoderadas.» La orden proveerá de todo lo necesario á sus individuos, pero éstos no deben tener nada suyo.

En resumen, la vida de los primeros templarios era confortable, activa, disciplinada, muy poco mística; era la vida de hombres brutales, piadosos y sencillos de espíritu.

El desarrollo de su instituto fué rápido. Adquirió vastos dominios en Asia y en Europa, donde se elevaron numerosos «temples.» Se organizó una jerarquía: los caballeros tuvieron á su servicio toda una clientela de personas afiliadas á la orden, ministros y capellanes, sol-

(1) La biografía de Clemente V por M. Renán en la *Histoire littéraire* (XXVIII 1881), fué escrita antes de la publicación de los registros de Clemente V (*Regestum Clementis pape V*, 1880-1890, 7 vol.). Falta escribir un libro sobre las relaciones de Francia y de la Santa Sede durante el pontificado de Clemente V, análogo al de M. Digard sobre las relaciones de Francia y de la Santa Sede durante el pontificado de Bonifacio VIII.

(2) Centenares de volúmenes, de folletos y de artículos se han publicado sobre la cuestión de los templarios, que durante varios siglos ha sido obscura y que ahora es muy clara: se encontrarán informes bibliográficos en la *Revue historique* (mayo de 1889), en el *Archivio storico italiano* (1895, págs. 225 y siguientes) y en el libro de J. Gmelin, *Schuld oder Unschuld des Tempelordens*, 1893. Los principales textos han sido publicados por J. Michelet (*Procès des Templiers* en la «Collection de documents inédits sur l'histoire de France,» 1841-1851) y por K. Schottmüller, *Der Untergang des Tempel-Ordens*, 1887.

Entre los escritores que han estudiado la historia de la destrucción de los templarios, unos creen y otros no creen en la culpabilidad de la orden. En presencia de estas contradicciones, decía Napoleón I que nunca se sabría nada.

Los apologistas católicos se han creído, por espacio de mucho tiempo, obligados á condenar á la orden para rehabilitar la memoria del papa que los condenó: «Es preciso, dice uno de ellos, que el proceso de los templarios no sirva de tema á las declamaciones

de los incrédulos contra la Santa Sede.» Los apologistas de la monarquía absoluta, siempre prontos á justificar por fas ó por nefas los actos de la autoridad, han abundado en los mismos sentimientos: para los historiadores como Dupuy, los templarios eran culpables porque el gobierno de Felipe el Hermoso no podía cometer un crimen. Algunas sectas místicas, heterodoxas, como los masones y los rosacruz, han glorificado á los caballeros del Temple de una parte de los crímenes que les imputaron Felipe y Clemente, á fin de ligarse á un antiguo tronco: han querido ver profundidad en el simbolismo inepto que han descrito los acusadores del Temple. En fin, pensadores independientes como Wilcke, Hammer-Purgstall, Michelet, H. Martín, Loiseleur y Prutz, por no haber interpretado correctamente los textos ó porque les era cómodo declamar contra «los vicios de los monjes,» han hecho coro con los partidarios de la infalibilidad papal y con los de la infalibilidad monárquica.

No obstante, algunos hombres han visto claro, muy pronto, en esta cuestión extraordinaria. Desde luego, muchos contemporáneos de los acontecimientos no fueron víctimas del engaño. En los tiempos modernos Le Jeune, Voltaire (en su *Essai sur les mœurs*), Raynouard, Soldau, Havemann, Schottmüller y Lavocat, han tenido la intuición de la verdad. La luz se ha hecho definitivamente por H. C. Lea (en el tomo III de su *History of the Inquisition of the Middle Ages*, 1888), y J. Gmelin en su obra ya citada se ha encargado de demostrarlo. Véase también la *Revue des Deux Mondes*, enero de 1892, págs. 382 y siguientes.